

Teo Lite raria



V. 1 - N. 1 -
1º Semestre de 2011

* Doutora em Letras
e Professora da
Faculdade de Filosofia
e Letras da Universidad
Nacional de Cuyo,
Argentina. Concentra
suas pesquisas em
poéticas e metapoéticas
da Literatura Latina e
Hispanoamericana.

Juvenco y la épica bíblica: especificidad y crítica literaria

Juvencus and the biblical epic:
specificity and literary criticism

*Elena María Calderón de Cuervo**

Resumen

La poesía cristiana latina que surge en la época de Constantino y florece entre los años 400 y 800 tiene un papel fundamental en el desarrollo de la teoría literaria y el discurso crítico, porque, salvo el caso de Prudencio, el resto de los poetas de este primer período optó por la adaptación del canon clásico a los temas cristianos. La epopeya cristiana es, pues, uno de los primeros géneros y comienza, además, siendo epopeya bíblica. La primer obra importante de este tipo es la *Harmonía evangélica* del poeta hispano Juvenco, hacia el 330. Esta obra inicia una larga serie de poemas bíblicos, latinos en un primer momento, pero que después tendrán su continuación en las lenguas vulgares, desde Caedmon, Cynewulf, el *Heliand*, *La Pasion de Clermont*, hasta Hojeda, Milton y Klopstock. La dedicatoria a la autoridad instalada, la subordinación de los fines del arte a la salvación del alma tanto como el afán de legitimar la poesía con argumentos cristianos quedarán como premisas fundamentales en la construcción del género. Cuando la epopeya ingrese en la modernidad, su compromiso con las nuevas aporías teológicas, no le harán perder esos requisitos extraliterarios que le habían dado origen.

Palabras clave: poesía cristiana latina; época de Constantino; Virgilio

Abstract

Latin Christian poetry has emerged in Constantine Era and flourished between 400 and 800. It has a fundamental role in the development of literary theory and critical discourse, because, except for Prudencio, the rest of the poets of this first period has chosen by the adaptation of the classical canon to Christian themes. The Christian epic is therefore one of the first genres and begins as biblical epic. The first major work of this type is the Gospel Harmony from the Spanish poet Juvencus, until 330. This work begins a long series of biblical poetry, Latin at first, but after this there is its continuation in the vernaculars, like Caedmon, Cynewulf, *The Heliand*, *The Passion* by Clermont till Ojeda, Milton and Klopstock. The dedication to the established authority, the subordination of the art's purpose for the salvation of the soul as well as the desire to legitimize poetry with Christian arguments remain as fundamental premises in the construction of gender. When the modern epic appear, its compromise with new theological Aporia will not lose those extraliterary requirements from provenance.

Keywords: Latin Christian poetry; Constantine Era; Virgil.

Deslindes preliminares.

La especificación de *épica bíblica* permite recortar el análisis del género épico al tema bíblico exclusivamente, descartando la reflexión sobre las obras hagiográficas, tan frecuentes en la alta Edad Media como en los siglos XVI y XVII y que, para la crítica en general, forman un solo cuerpo con la poesía bíblica bajo la denominación de *épica religiosa*.

En este sentido, la poesía cristiana latina que surge en la época de Constantino y florece entre los años 400 y 800 tiene un papel fundamental en el desarrollo de la teoría literaria y el discurso crítico, porque, salvo el caso de Prudencio cuya poesía es independiente del sistema de los género antiguos, el resto de los poetas de este primer período optó por la adaptación del canon clásico a los temas cristianos. Como, por otra parte, el único modelo bienquisto era Virgilio, apareció toda una serie de églogas y epopeyas cristianas que requerían de una introducción necesaria que justificara las modificaciones a nivel del diseño estructural de acuerdo con la nueva teleología asumida por las artes a partir de la imposición oficial del cristianismo en el Imperio.

La epopeya cristiana es, pues, uno de los primeros géneros y comienza, además, siendo epopeya bíblica.

No obstante, los estudios sobre la literatura cristiana latina y con ellos el rescate de las obras, no se producen de manera sistemática sino a principios del siglo XX. El progreso de estos estudios comienza a hacerse sensible con la pequeña *Histoire de la Littérature latine* de Jeanroy y Puech (1891); en la que Puech realiza el estudio sobre Prudencio e incorpora una categoría de escritores sistemáticamente olvidados por la crítica. Pero quien realmente desarrolla ese período y no sólo en lo que respecta a los autores y sus obras sino, y muy particularmente, a la retórica vigente y a las formulaciones teóricas de los géneros literarios *ad usum*, es René Pichon en su manual sobre la literatura propiamente cristiana: *elle est aussi vivante, aussi intéressante que la littérature profane; elle est presque aussi romaine et beaucoup plus moderne*¹. Y habrá que esperar un tiempo para ver aparecer el trabajo fundamental de Pierre de Labriolle, *Histoire de la Littérature latine chrétienne*² y que, hacia 1945, aparezca el estudio de Ernst Curtius donde la *Literatura Europea y la Edad Media latina* queden, desde la tópica, mutuamente justificadas.

Esta falta de interés y curiosidad por un período que, al día de hoy, resulta fundamental para entender la producción posterior y la particular configuración que los géneros adquirieron a partir del cristianismo, tiene una explicación histórica. Un buen número de humanistas de la época del Renacimiento, admiradores acérrimos de Cicerón, Horacio y Virgilio, extendieron a los autores cristianos primitivos – y a la Vulgata latina misma – el desprecio del latín “escolástico” o “monástico”; y, desde allí, todos los textos producidos en este período fueron considerados exclusivamente en tanto que expresiones del dogma, de la liturgia o de la historia de la Iglesia. Más aún, las transformaciones de la lengua latina bajo la influencia del cristianismo fueron consideradas una “decadencia lamentable”³. Para contrarrestar esta afirmación afirma Labriolle que, para

1. *Histoire de la littérature latine*. Paris, 1903 (ella [la literatura cristiana] es tan viva, tan interesante como la literatura profana; es casi tan romana y mucho más moderna)

2. LABRIOLLE, Pierre de. *Histoire de la Littérature Latine Chrétienne*. Paris, Les Belles Lettres, 1947. (1ª edición en 1920, reeditada en 1924 y en 1947 revisada y aumentada por Gustave Bardy)

3. Pietro Bembo llamaba despectivamente *epistolacce* a las cartas de San Pablo. (citado por Labriolle, *Op.Cit.*, p.3 nota)

aquellos que gustan de encontrar en las obras las calidades de composición y de arte características de los escritores clásicos, la lectura de los escritores cristianos – sobre todo los latinos- les reservan “felices sorpresas”⁴.

La apropiación de las formas literarias paganas por parte de la Iglesia se realizó de manera prudente y cuidadosa. Cuando el canon del Nuevo Testamento estuvo cerrado y colocado fuera de discusión, la cultura cristiana se reconoció el derecho de utilizar sus textos más libremente. Y aunque hubo grandes apologistas griegos (Taciano, Athenagoras, Justino, etc) que incorporaron en sus defensas y discusiones un acento vibrante y personal, los aportes que hacen a la tradición griega se instalan más a nivel del pensamiento -señala Maurice Croiset⁵- pero están aún lejos del deseo de satisfacer el gusto, de agradar o de golpear la imaginación, sin lo cual no se puede tener creación literaria propiamente dicha.

El trabajo de apropiación de las fórmulas paganas fue realizado con mucha más pericia por los escritores latinos y esto se explica, también y nuevamente, por una razón histórica. Las primeras obras cristianas latinas aparecen en el final del siglo II. Antes, el griego era la lengua comúnmente utilizada en las comunidades cristianas occidentales, Roma en particular. Los únicos escritos cristianos en latín, hasta ese momento, eran las transposiciones muy literales y poco literarias de los textos bíblicos en griego para uso de aquellas comunidades de fieles que no comprendían bien el griego. No obstante, hacia el final del siglo II, en el momento en que nace en África la literatura cristiana latina bajo el impulso decisivo de Tertuliano, una buena parte de la élite intelectual latina ha sido conquistada por la Iglesia. Estos van a aportar al *ars praedicanda*, no sólo su cultura y su formación sino la eficacia y el prestigio de la Retórica, de la

4. “Sobre todo los latinos”- agrega LABRIOLLE- “En efecto, si vamos a describir el desarrollo de la literatura cristiana griega, será necesario examinar una serie de obras- extremadamente interesantes desde el punto de vista moral y religioso- pero muy débiles desde el punto de vista propiamente estético. Cartas, “apocalipsis”, paráfrasis simples y desnudas de los libros santos, he aquí con lo que ha debutado esta literatura (...) leed la *Didajé*, el *Pasteur* de Hermas, las Epístolas atribuidas a Bernabé o a Clemente de Roma: son escritos netamente populares, destinados a recordarles, directa o alegóricamente, a gente de condición y de cultura extremadamente humilde los principios de *ágape* o de represión de los malos instintos *egcraiteia*: nada refleja en estos textos una preocupación literaria o una asociación de ideas o de frases”. (*Op.Cit.* p.471)

5. CROISSET, Maurice: *Histoire de la Litterature Grecque*. Paris:Fontemoing, 1912. V, p. 326

cual eran maestros.

La primera obra importante de este tipo es la *Harmonia evangélica* del poeta español Juvenco, hacia el 330⁶. Esta obra inicia una larga serie de poemas bíblicos, latinos en un primer momento, pero que después tendrán su continuación en las lenguas vulgares, desde Caedmon⁷, Cynewulf⁸ el *Heliand*⁹, la *Passion* de Clermont¹⁰, hasta Hojeda, Milton, Klopstock y el jesuita mexicano Diego de Abad, con quien se cierra el ciclo “clásico” de la épica bíblica.

Hay que rescatar, por una parte, que lo que compromete de alguna manera, el valor de las primeras obras de los poetas cristianos en lengua latina es que, en ellos, se percibe aún de manera evidente el deseo de competir con la literatura pagana, lo cual desemboca en un estilo un tanto artificial, impostado que agobia la posibilidad de una inspiración más espontánea. Estos autores quisieron oponer la *certa fides* a las *mendacia* de los clásicos (son las palabras que usa Juvenco) pero usando las fórmulas y las estructuras que los clásicos habían consagrado, y esto en parte porque se dirigían al mismo círculo de espectadores que se habían formado en el gusto y la lectura de los paganos. Sin embargo, la poesía cristiana de esta época logra una originalidad verdadera y sincera en los Himnos de la Iglesia. El siglo IV nos ofrece, en este sentido, el talento particularísimo de Paulino de Nola.

6. Hay algunos textos anteriores llamados “armonías evangélicas”, inauguradas por el *Diatessaron* de Taciano, versión bastante libre y en griego de la vida de Cristo, siglo II.

7. El *Himno de Caedmon* representa la muy dilatada literatura religiosa que se conserva en anglosajón. Durante siglos se transmitió con veneración a modo de preciosa reliquia. Este monumento a la lengua sajona, fue publicado por François Du Jon en Ámsterdam en 1655, y por Benjamin Thorpe, incluyendo comentarios, en Londres, en 1832.

8. *The Fates of the Apostles* (sobre los Hechos de los Apóstoles), Juliana (sobre el martirio de Santa Juliana), *Elene* (relato de la búsqueda y encuentro de la cruz de Cristo por Elena de Constantinopla), y *Christ II* (también conocido como *The Ascension*, por relatar la ascensión de Cristo). Se lo puede ubicar en la segunda mitad del siglo X.

9. Un trabajo relativamente reciente sobre el tema, es el de James E. CATHEY, *Heliand: Text and Commentary* (Morgantown: West Virginia, University Press, 2002. ISBN 0-937058-64-5) que incluye una versión editada del texto en el idioma original, notas y comentarios, una gramática muy útil de sajón antiguo, junto con un glosario que define todos los adjuntos del vocabulario de esta versión.

10. Este texto es un resumen fragmentario de la Vida de Cristo, destinado a ser cantado, que se conserva en un manuscrito anónimo de principios del siglo XI. Mezcla el *oïl* (de Poitou) con el *oc* de la occitania.

La teoría literaria en torno al poema épico.

Como ya se viene anunciando, el Presbítero español, Caius Vittius Aquilinus Iuvenicus, es el primer poeta cristiano latino¹¹ y, en rigor, el que deja asentadas las modalidades del género.

San Jerónimo comenta¹², respecto de Juvenco, que escribió su *Evangeliorum Libri Quattuor*¹³ hacia el año 329, bajo Constantino, a quien le dedica el poema elogiando en este emperador la promulgación del Edicto de Milán en el 313. La idea de tomar de los Libros Santos la materia para una epopeya, señalaba, implícitamente, los destinatarios de la obra. La crítica literaria romana, que encontraba en Horacio su más perfecta expresión, adhería a la jerarquía de los géneros que fuera, ya, establecida por Aristóteles, colocando en primer plano el poema épico “por estar dirigido a la educación de los príncipes”. Era lógico, entonces, que Juvenco dedicara su poema a Constantino y a la aristocracia

11. Es necesario mencionar un pequeño poema, anterior al de Juvenco en algunos años, los *Laudes Domini*, en el cual, a propósito de un milagro sobrevenido “en el país de los Eduos”, de autor anónimo, que sigue fielmente a Virgilio y hace una alabanza a Cristo quien, junto con el Padre, ha creado el mundo y ha venido a rescatarlo. Juvenco sería, en todo caso, el primero que ha utilizado de manera más completa los temas cristianos con los procedimientos y las técnicas tradicionales de los clásicos..

12. San Jerónimo hace referencia a Juvenco en cuatro ocasiones. La primera de ellas la encontramos en su obra *De Viris Illustribus* nº 84. El pasaje reza así:

Juvenicus, nobilissimi generis hispanus, presbyter, quattuor evangelia hexametris versibus pene ad verbum transferens, quattuor libros composuit et nonnulla eodem metro ad sacramentorum ordinem pertinentia. Floruit sub Constantino principe.

Esta cita es recogida por todos los autores que abordan el estudio de nuestro poeta.

Un segundo lugar donde encontramos referencia de San Jerónimo a Juvenco y a la obra que realizó, es en su *Chron. ad annum 329 / 330* (Olimpiada 278-333 d. C.) donde podemos leer:

Iuvenicus presbyter, natione hispanus, Evangelia heroicis versibus explicat (Hieronymus. (*Opera*, t. VIII, c. 787)).

La tercera referencia jeronimiana a Juvenco y a su producción literaria es la que hallamos en su *Epistola LXX* a Magno. Allí leemos:

Iuvenicus presbyter sub Constantino historiam Domini Salvatoris versibus explicavit; nec pertimuit Evangelii maiestatem sub metri leges mittere.

El cuarto lugar referido a Juvenco pertenece a su *Comentario a San Mateo*, donde cita de nuevo a nuestro poeta con estas elogiosas palabras:

Pulcherrime munerum sacramenta Juvencus presbyter uno versiculo comprehendit;

“Thus, aurum, myrram, regique, hominique, Deoque, / Dona ferunt”.

13. La versión más conocida del *Evangeliorum Libri* es la del jesuita Faustino Arévalo, hecha en Bolonia en el siglo XVIII y editada por Hüemer, 1891, bajo el título de *Armonía Evangelica*.

romano-cristiana.

Fiel al principio de justificar en clave cristiana el espíritu épico pagano, el poeta hispalo antepuso en su poema evangélico un pequeño prólogo de 27 versos, en el que explica los motivos que lo llevaron a componer su poema. La idea, en términos generales y con traducción propia, es la siguiente:

Todo lo humano está condenado, por voluntad de Dios, a la desaparición; pero muchos hombres logran sobrevivir, gracias a sus hazañas y virtudes, en panegíricos poéticos como los de los sublimes cantos de Homero o del dulce arte de Virgilio. Estos mismos poetas tienen también asegurada la gloria eterna, a pesar de haber interpuesto mentiras –*mendacia*– en los hechos del pasado; con cuánta mayor razón sobrevivirá mi poema que canta los hechos de Cristo y al que quizá deberá mi salvación el día del juicio final. Ruego al Espíritu Santo que me ayude y fortalezca mi espíritu con el agua del Jordán.

“Cantar los hechos de Cristo”: significaba, de alguna manera, proponer el modelo de Cristo a la educación de los príncipes romanos convirtiendo el Evangelio en una especie de epopeya en la que la invocación al Espíritu Santo reemplazaba la tradicional invocación a las Musas.

Con respecto al título de la obra, el nombre en español por el que se la conoce es *Historia evangelica*, título que utiliza su primer comentarista, el jesuita Faustino Arévalo, aunque en los mejores manuscritos aparece bajo el título de *Liber evangeliorum* o *Libri evangeliorum quattuor*.

Juvenco toma como base el Evangelio de San Mateo (que debe haber leído en una o muchas de las versiones latinas pre-jeronimianas), interpola con frecuencia el Evangelio de San Lucas, menos el de San Juan y muy raramente el de San Marcos.

Se halla dividida la obra en cuatro libros y, en términos generales, el número de versos de cada libro está alrededor del ochocientos, cantidad de versos adecuada a un *liber* según la preceptiva clásica. Con éste formato aparece en todos los manuscritos que citan los especialistas y en todas las ediciones, coincidiendo, además, en la entidad de cada uno de los libros. Sin embargo esta división que, de no ser propia de Juvenco, fue muy antigua y estaba, evidente-

mente, ya en el arquetipo, ha sido objeto de opiniones e hipótesis diversas¹⁴.

El libro primero incluye, además dos proemios. Los treinta y cinco versos con que comienza el libro I están distribuidos en dos proemios de ocho y veintisiete versos respectivamente, proemios que las ediciones presentan de distintos modos según los criterios adoptados por cada editor. El primer proemio, escrito como el segundo en hexámetros, es el más cuestionado en cuanto a la autoría. Dice así:

- 1 **Mattheus** instituit virtutum tramite mores,
- 2 *Et bene vivendi iusto dedit ordine leges.*
- 3 **Marcus** amat terras inter coelumque volare,
- 4 *Et vehemens aquila stricto secat omnia lapsu.*
- 5 **Lucas** uberius describit praelia Christi,
- 6 *Jure sacer vitulus, qui munia fatur Abia.*
- 7 **Ioannes** fremit ore leo, similis rugienti,
- 8 *Intonat aeternae pandens mysteria vitae.*¹⁵

En relación ya con el contenido del proemio, advertimos que, de los ocho versos que lo componen, cada dos están dedicados a uno de los evangelistas, y que el proemio se abre con el nombre de Mateo, y que los otros tres nombres –Marcos, Lucas y Juan- ocupan, respectivamente, la cabecera del resto de versos impares, sintetizando cada par de versos las notas fundamentales de los respectivos relatos evangélicos. El fin y la naturaleza del proemio pretende

14. Quien trabaja la obra de Juvenco de manera exhaustiva y en relación con la edición de Faustino Arévalo es María del Carmen GIL ABELLÁN, en su tesis doctoral titulada **La Historia evangélica de Juvenco en la edición de Faustino Arévalo**, presentada en la Universidad de Murcia, 2004, ISBN MU-1107-2006/84-689-9237-2. Con respecto a las discusiones suscitadas por esta división en cuatro cantos, concluye con el siguiente párrafo: “En fin, no tenemos certeza de las razones de esta división, aunque no se puede desechar por completo, como una más posible, el que la admiración que siente Juvenco hacia Virgilio haya contribuido de alguna manera –si la división es suya- a la elección de ese número cuatro, el mismo número en que el poeta de Mantua divide sus *Geórgicas*” p.18. (Consulta *on line*, disponible en <http://www.tesisenred.net/TDR-0608106-132634>)

15. *Mateo estableció normas morales a través del sendero de las virtudes y dio las leyes de una vida recta según un orden justo. Marcos ama volar entre la tierra y el cielo, y como vehemente águila lo corta todo en su vuelo veloz. Lucas narra con mayor detalle las batallas de Cristo como ternero sagrado que expone los deberes de los antepasados. Juan ruga como un león y trueno de manera semejante a un rugido descubriendo los misterios de la vida.* (En el momento de la corrección de este trabajo, hemos encontrado *on line* una Edición Crítica *Evangeliorum Libri Quattuor* realizada por Eduardo OTERO PEREIRA y presentada como tesis doctoral con excelente traducción al español en la Universidad de Salamanca. gredos.usal.es/.../DFCI_C%20Vetti%20Aquilini%20lvenci%20Evangeliorum.pdf)

orientar sobre la naturaleza y contenido de la obra que precede dando a conocer el nombre de los evangelistas como autores de la Vida de Cristo y de allí, probablemente, la división en cuatro libros.

El libro primero trata de todo lo referente a los padres de Juan Bautista, a su concepción, el envío del Arcángel Gabriel por Dios a la Virgen María, la visita de María a su prima Isabel, el nacimiento de Juan Bautista etc. De Cristo encontramos los pasajes referidos a su nacimiento, la adoración de los Magos, la presentación del Niño Jesús en el templo, la vocación de los Apóstoles, el Sermón de la Montaña y los primeros milagros obrados por Jesús hasta la curación de la suegra de Pedro, inclusive.

El segundo expone nuevos milagros y curaciones obradas por Jesús, además de parábolas como la del grano de mostaza o la de la levadura. Con la parábola de la cizaña, que queda interrumpida, finaliza, como ya hemos indicado, el libro segundo.

El libro tercero comienza con la explicación de la parábola de la cizaña, y continúa con la exposición de otros milagros, discursos y parábolas de Jesús, y lo cierra la parábola de los invitados al banquete nupcial.

El libro cuarto se inicia con el episodio del tributo debido al César, se narran las disputas de Jesús con los fariseos, las parábolas de las diez vírgenes y de los diez talentos, la enfermedad de Lázaro y su resurrección, para entrar luego de lleno en la Pasión de Jesús, su Resurrección y los sucesos posteriores a ella, como el soborno de los soldados y la aparición de Cristo ya resucitado en Galilea.

El tema de la *Historia evangélica* es la vida de Cristo y su objetivo es encerrar en los moldes de la epopeya virgiliana la materia del Nuevo Testamento, comenzando por la concepción y nacimiento de Juan el Bautista hasta llegar a la aparición de Cristo en Galilea, una vez resucitado.

Mateo constituye, como se reconoce, el hilo conductor del relato, aunque el *Evangeliorum Libri* no es sólo, como se ha repetido muchas veces, una versión poética del relato evangélico de Mateo. Es cierto que Juvenco sigue por regla

general a este evangelista, con preferencia a los demás, pero preferencia no significa exclusión. Juvenco narra pasajes que están ausentes en Mateo y, es más: aun cuando sigue el relato de Mateo no deja de consultar a los otros sinópticos, tomando de ellos pormenores y circunstancias que no aportaba el primero.

La recurrencia a cada uno de ellos nos induce a pensar que Juvenco había realizado una labor previa de confrontación (y a esto alude, muy probablemente, lo de *armonía*) de textos, sumamente diligente y minuciosa, lo que a su vez nos revela el gran cuidado que ponía en reflejar fielmente la verdad histórica de los hechos evangélicos, acentuando, entonces así, el carácter histórico que está implícito en la misma concepción del género épico. De manera tal que cuando nuestro poeta señala en Virgilio las *mendacias*, se puede suponer que no se refiere al nivel diegético de la obra sino al mitológico.

Volviendo ahora al discutido primer proemio, la pregunta, que sin duda nos apremia, es cuáles pudieron haber sido las razones por las que Juvenco eligió como hilo conductor para su poema el relato evangélico de Mateo; o bien, cuáles fueron los motivos para que, de entre los cuatro evangelistas, optara por él. Quizás podamos buscar respuesta y encontrarla en esos ocho versos anteriormente citados.

Debemos tener en cuenta el fin evangelizador y hasta propagandístico de la obra juvenciana y de la epopeya en sí, en tanto que orientada a la educación. Dentro de estas expectativas estaría justificado dicho relato tomado como base y completado en distintos momentos por los episodios y matices que refieren los demás. Esto puede deberse a la importante exposición que adquiere en el relato de Mateo el conocido sermón de la montaña, también llamado de las *Bienaventuranzas*, en que precisamente se fija la moral que es más aconsejable para la vida del hombre de acuerdo con las palabras del mismo Redentor. Esto es precisamente resaltado en los dos primeros versos, donde queda patente que Juvenco, siguiendo a Mateo, orienta su relato a favorecer el cultivo de la virtud y ofrece las leyes conducentes al “bien vivir”:

Mateo estableció normas morales a través del sendero de la virtud
Y dio las leyes de una vida recta según un orden justo.

Juvenco de modo directo, en el epílogo que cierra la obra, aporta unos datos que, sin duda, consideró valiosos:

***Haec mihi pax Christi tribuit, pax haec mihi saeculi,**
quam fovet indulgens terrae regnator apertae
Constantinus, adest cui gratia digna merenti,
qui solus regum sacri sibi nominis horret
imponi pondus, quo iustis dignior actis
aeternam capiat divina in saecula vitam
per Dominum lucis Christum, qui in saecula regnat . (IV 802-812)¹⁶*

Además de la dedicatoria al emperador Constantino, aparecen otros datos que hay que resaltar. Juvenco estaba educado en la tradición clásica y sus lecturas y autores eran, por tanto, los clásicos. Pero, aunque en la *Historia evangelica* encontramos elementos tomados de otros poetas más destacados de la Antigüedad como son Ovidio, Estacio, Lucano, Horacio, Catulo, etc., sin embargo, Juvenco, al intentar verter la prosa del Evangelio en los moldes tradicionales de la épica, tuvo como maestro fundamental a Virgilio, que era el modelo por excelencia dentro de este género poético.

Acude a los clásicos porque su pretensión no es sólo hacer una obra “buena”, por el tema, sino por completo digna de Cristo (recordemos el último verso de su segundo proemio programático: ... *ut Christo **digna** loquamur*). Precisa de palabras dignas del tema y dignas del héroe de su poema: Cristo, por lo que procurará imitar a los clásicos y cuidar al máximo la forma. Asimismo esta idea la encontramos recogida en los versos del propio poeta, en el epílogo de la obra, en que deja bien claro que el ornato de que hacen gala los escritos “paganos” no es impropio para temas divinos:

Que la gloria de la ley divina logra de buen grado
En nuestros versos los ornamentos terrenales de la lengua

16. *Mi espíritu ha recibido la fuerza de la fe y del sagrado respeto, y tanto brilla para mí la gracia de Cristo, que la gloria de la ley divina logra de buen grado en nuestros versos los ornamentos terrenales de la lengua. Esto me lo concede la paz de Cristo, me lo concede la paz del mundo que favorece indulgente Constantino, el soberano de la tierra abierta, a quien mercedamente asiste un digno reconocimiento, el único de entre los reyes que rechaza que se le imponga la carga de un título sagrado, de modo que de manera muy merecida por sus obras justas, obtenga la vida eterna para los siglos divinos por medio de Cristo, Señor de la luz, que reina eternamente.*

Juvenco está convencido de que se pueden combinar el argumento cristiano y la forma o retórica pagana, si se hace adecuadamente. Juvenco sabe que se inserta y quiere insertarse en una tradición literaria, de la que es usual mantener lo que ella presenta, y se sabe eslabón de una cadena que procede de Homero, como el segundo proemio indica, y que en Roma tiene como figura capital a Virgilio; es un poeta, cuya vida y obra está amparada nada menos que por un emperador romano, Constantino, jefe de una Roma que con la *pax Christi* excede la *pax Augusta*¹⁷. Juvenco, como luego Prudencio, no se ve, como cristiano, enfrentado al mundo clásico, sino continuador del mismo, que ahora es engrandecido por Cristo.

De acuerdo con esta perspectiva, el autor del *Evangeliorum Libri* pretendía que su obra se entendiera así: no solo comprender la armonía del testimonio de los Apóstoles, es decir, el entendimiento y la coherencia de los Evangelios entre sí¹⁸, sino la armonía de lo divino-cristiano y lo humano-romano, de la narración evangélica y de la épica clásica.

Es interesante señalar las circunstancias tan difíciles atravesadas por los cristianos en tiempos del emperador Diocleciano, las duras persecuciones y el sucesivo cambio que se va desarrollando hasta ser posible publicar y dedicar esta obra con el propósito de que la paz de Cristo reine en el mundo, idea que el léxico contribuye a reforzar, en especial con la repetición del *pax* y el *regnat* del primero y último verso del epílogo.

El grueso obstáculo con el que se encuentra Juvenco – y que es el que va a caracterizar a la Épica bíblica en todos los tiempos- está en relación con la Palabra divina y su temor de ofender a Dios alterando la constitución de los Libros Santos. Al aplicar rigurosamente este principio, toda tentativa poética se vuelve casi imposible. En este sentido, Juvenco extiende ciertos versículos, hace trasposiciones un tanto forzadas e inclusive desarrolla descripciones de la

17. Dice San Jerónimo en la nota al pie de la Vulgata que “Iuencus, nobilissimi generis hispanus [...] Floruit sub Constantino principe”.

18. Podría ser también este presupuesto de Juvenco una respuesta al *Diatasserón* de Taciano en el cual la vida de Cristo, por la falta de fidelidad y coherencia de las fuentes utilizadas, dejaba muchos aspectos en contradicción.

naturaleza aplicando el símil y otros recursos, la mayoría de las veces trillados y hasta caducos. Es obvio que en el juego retórico y en el uso de recursos su modelo sigue siendo Virgilio, aun cuando se observan las huellas de Lucrecio y Estacio, entre otros. No obstante, la *simplicitas* del genio evangélico no sale sin perjuicio de esta trabajosa adaptación:

Por ejemplo, el *transeat a me calix iste* toma en Juvenco la siguiente formulación

Si fas est, Genitor, calicis me transeat huius
incumbens ualido nobis uiolentia tractu,
sed tua iam ueniat potius quam nostra uoluntas
quae tibi decreta est tantis sententia rebus (L IV,490-493)¹⁹

Otro ejemplo nos lo da el *iam foetet* con el que Marta le anticipa a Jesús el estado del cadáver de Lázaro, deriva en

Crediderim corpus motu fugiente calores
fetorem miserum liquefactis reddere membris (L IV, 378-379)²⁰

Habrà que tener en cuenta, a la hora de explicar estas amplificaciones, que no sólo están exigidas desde el hexámetro, sino que en todos los casos son comentarios a la situación que propone la frase evangélica y, aún, verdadero trabajo de exégesis que irá nutriendo el cuerpo crítico de las Sagradas Escrituras.

Como quiera que sea, Juvenco fundó una tradición y un patrón para la Épica bíblica, particularmente la que tomaba como centro de reflexión la vida de Cristo y el Nuevo Testamento²¹. Y su iniciativa fue suficiente para asegurarle

19. "Si es posible, Padre, que pase de largo la violencia de este cáliz que me amenaza con su poderoso impetu; pero hágase ahora tu voluntad mejor que la mía, la que tú estableciste como decisión tuya de cara a tan importantes acontecimientos".

20. "Yo creería que el cuerpo, cuando ya ha huido el calor del movimiento, produce un desagradable hedor en los miembros descompuestos"

21. Alaba San Jerónimo la maestría con que el poeta supo aprisionar en los férreos moldes del verso la vida entera de Cristo. San Jerónimo cuando habla de él, lo suele hacer con encarecidos elogios, y su testimonio es tanto más de apreciar, cuanto que se trata de un verdadero clasicista y degustador de las bellezas literarias, en el sentido moderno de la palabra, valoración que es semejante a la de Arévalo: quien ya en el siglo XVIII establece sus semejanzas con autores clásicos o lo considera imitado por Prudencio.

el respeto de sus sucesores cristianos que se dedicaron a imitar al imitador²².

Seguir a raja tabla a Virgilio; presentar, en la dedicatoria a los Príncipes, el modelo del *Adonai*, el Cristo que reina desde el Madero; subordinar los fines de la política y del arte a la salvación del alma tanto como legitimar la epopeya con argumentos cristianos, quedarán como premisas en la construcción del género. Así, la gloria del *Evangeliorum libri* atravesó no sólo toda la Edad Media sino que reapareció de manera singular con el Humanismo postridentino: Tasso, Vida y Hojeda particularmente²³. De hecho, cuando el modelo de Juvenco entra en los tiempos modernos, su compromiso con las nuevas aporías teleológicas no le hacen perder esos requisitos literarios que le habían dado origen.

El género épico termina con Klopstock y con Diego de Abad, y no sólo el bíblico sin el espíritu épico en general. No obstante, permanece siempre esa sensación, frente a los poema bíblicos, de una literatura más exigida por las circunstancias que nacida de la alabanza espontánea del pueblo cristiano; y al punto tal que Curtius concluye lo siguiente.

La epopeya bíblica fue siempre- desde Juvenco hasta Klopstock- un género híbrido y de suyo inauténtico, un *genre faux*. La salvación cristiana, tal como la presenta la Biblia, no tolera una forma pseudo-antigua; ésta no sólo la priva de su configuración vigorosa, única, autoritativa, sino que, además, el género clásico adoptado y sus convenciones verbales y métricas la falsifican. El hecho de que la epopeya bíblica gozara, a pesar de eso, de tan gran popularidad, se explica sólo por la necesidad de contar con una literatura religiosa que pudiese compararse con las antiguas y enfrentarse a ellas²⁴.

Envío: 24 fev. 2011

Aceite: 19 abr. 2011

22. Cfr. Pierre LABRIOLLE. *Op Cit*, p. 472.

23. Con esta observación disiento con las afirmaciones de Labriolle: *Sa gloire – la de Juvenco- a traversé tout le moyen âge, mai elle ne l'a guère dépassé* (p. 472) que parece desconocer todas las epopeyas sobre la Vida de Cristo que se produjeron en Italia y España, particularmente, entre la segunda mitad del siglo XVI y la primera del XVII.

24. CURTIUS, Ernst: *Literatura europea y Edad Media latina*. México, p.653.

Referencia Bibliografica

ABELLÁN, Gil. **La Historia evangélica de Juvenco en la edición de Faustino Arévalo** (Tesis Doctoral) [s.l.]:Universidad de Murcia, 2004.

CATHEY, James E. Heliand: Text and Commentary. Morgantown: West Virginia, University Press, 2002.

CROISSET, Maurice: **Histoire de la Litterature Grecque**. Paris: Fontemoing, 1912.

CURTIUS, Ernst. **Literatura europea y Edad Media latina**. México, Fondo de Cultura Económica, 1955.

LABRIOLLE, Pierre de. **Histoire de la Littérature Latine Chrétienne**. Paris: Les Belles Lettres, 1947.

PICHON, René. **Histoire de la litterature latine**. Paris, 1903.